

COMENTARIO  
MACARTHUR  
DEL  
NUEVO  
TESTAMENTO

JUAN



COMENTARIO  
MACARTHUR  
DEL  
NUEVO  
TESTAMENTO

JUAN

JOHN MACARTHUR



La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

*Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Juan*

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: John 1-11* © 2006 por John MacArthur y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: John 12-21* © 2008 por John MacArthur y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Juan* © 2011 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

Traducción: Daniel Andrés Díaz Pachón

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

EDITORIAL PORTAVOZ  
P.O. Box 2607  
Grand Rapids, Michigan 49501 USA

Visítenos en: [www.portavoz.com](http://www.portavoz.com)

ISBN 978-0-8254-1806-8

1 2 3 4 5 / 15 14 13 12 11

*Impreso en los Estados Unidos de América  
Printed in the United States of America*

### *D*edicatoria

Dedicado a la memoria de Jon Campbell,  
cuya generosidad y gracia nos hizo anticipar a todos  
la dulzura del cielo que él ahora disfruta.

A David y Mary Anne Wismer,  
quienes comparten mi amor por la Verdad, escrita y encarnada,  
poseedores de una bondad abundante y una amistad perdurable  
que han agraciado mi vida con aliento y alegría.



---

# Contenido

Prólogo . . . . .	11
Introducción a Juan . . . . .	13
1. La Palabra divina (Jn. 1:1-5). . . . .	25
2. Respuesta a la Palabra encarnada (Jn. 1:6-13) . . . . .	37
3. La gloria de la Palabra encarnada (Jn. 1:14-18) . . . . .	47
4. El testimonio de Juan el Bautista sobre Cristo (Jn. 1:19-37) . . . . .	57
5. El equilibrio de la salvación (Jn. 1:38-51). . . . .	69
6. El primer milagro de Cristo (Jn. 2:1-11). . . . .	85
7. Jesús muestra su divinidad (Jn. 2:12-25). . . . .	93
8. El nuevo nacimiento (Jn. 3:1-10) . . . . .	105
9. La respuesta al ofrecimiento divino de la salvación (Jn. 3:11-21). . . . .	115
10. De Juan a Jesús (Jn. 3:22-36) . . . . .	127
11. El agua viva (Jn. 4:1-26) . . . . .	139
12. El salvador del mundo (Jn. 4:27-42). . . . .	155
13. La respuesta de Cristo a la incredulidad (Jn. 4:43-54). . . . .	165
14. Jesús perseguido (Jn. 5:1-16) . . . . .	173
15. La declaración más sorprendente jamás hecha (Jn. 5:17-24) . . . . .	183
16. Las dos resurrecciones (Jn. 5:25-29) . . . . .	193
17. Testigos de la divinidad de Cristo (Jn. 5:30-47). . . . .	203
18. Una comida milagrosa (Jn. 6:1-15). . . . .	217
19. Características de los discípulos falsos y verdaderos (Jn. 6:16-29). . . . .	227
20. El pan de vida – Primera parte: Jesús, el verdadero pan del cielo (Jn 6:30-50) . . . . .	239
21. El pan de vida – Segunda parte: Apropiación del pan de vida (Jn. 6:51-59) . . . . .	255
22. El pan de vida – Tercera parte: Respuesta al pan de vida (Jn. 6:60-71) . . . . .	265
23. En el calendario divino (Jn. 7:1-13) . . . . .	275
24. Verificación de las afirmaciones de Cristo (Jn. 7:14-24) . . . . .	285
25. Reacciones a las afirmaciones de Cristo (Jn. 7:25-36) . . . . .	297
26. Respuesta a la pregunta más importante de la vida (Jn. 7:37-52) . . . . .	307
27. Jesús confronta la hipocresía (Jn. 7:53–8:11) . . . . .	319

28.	Jesús: La luz del mundo (Jn. 8:12-21) . . . . .	329
29.	Cómo morir en sus pecados (Jn. 8:22-30) . . . . .	337
30.	La verdad los hará libres (Jn. 8:31-36) . . . . .	347
31.	¿Hijos de Abraham o de Satanás? (Jn. 8:37-47) . . . . .	357
32.	Jesús confronta a sus enemigos (Jn. 8:48-59) . . . . .	367
33.	Jesús abre los ojos del ciego (Jn. 9:1-12) . . . . .	377
34.	Los incrédulos investigan un milagro (Jn. 9:13-34) . . . . .	387
35.	¿Visión espiritual o ceguera espiritual? (Jn. 9:35-41) . . . . .	397
36.	El buen pastor (Jn. 10:1-21) . . . . .	407
37.	Rechazo a las afirmaciones de Cristo (Jn. 10:22-42) . . . . .	421
38.	La resurrección y la vida – Primera parte: Enfermedad para la gloria de Dios (Jn. 11:1-16) . . . . .	431
39.	La resurrección y la vida – Segunda parte: La llegada del Salvador (Jn. 11:17-36) . . . . .	439
40.	La resurrección y la vida – Tercera parte: La resurrección de Lázaro (Jn. 11:37-44) . . . . .	447
41.	La resurrección y la vida – Cuarta parte: Reacciones a la resurrección de Lázaro (Jn. 11:45-57) . . . . .	455
42.	La culminación del odio y del amor (Jn. 12:1-11) . . . . .	465
43.	El Rey vino a morir (Jn. 12:12-16) . . . . .	475
44.	El evangelio se extiende: Un anticipo de la salvación de los gentiles (Jn. 12:17-26) . . . . .	483
45.	Frente a la cruz (Jn. 12:27-34) . . . . .	495
46.	El día en que se fue la luz (Jn. 12:35-50) . . . . .	507
47.	La humildad del amor (Jn. 13:1-17) . . . . .	519
48.	Se desenmascara al traidor (Jn. 13:18-30) . . . . .	531
49.	La norma suprema del amor sacrificial (Jn. 13:31-38) . . . . .	543
50.	Consuelo para corazones angustiados (Jn. 14:1-14) . . . . .	555
51.	El legado de Jesús (Jn. 14:15-26) . . . . .	569
52.	Paz sobrenatural (Jn. 14:27) . . . . .	581
53.	Significado de la muerte de Jesús para Él (Jn. 14:28-31) . . . . .	591
54.	La vid y los pámpanos (Jn. 15:1-11) . . . . .	601
55.	Los amigos de Jesús (Jn. 15:12-16) . . . . .	613
56.	Aborrecidos por el mundo (Jn. 15:17-25) . . . . .	623
57.	El Espíritu Santo: Testigo poderoso (Jn. 15:26-27) . . . . .	635
58.	El Espíritu Santo convence al mundo (Jn. 16:1-11) . . . . .	645
59.	El Espíritu Santo revela la verdad (Jn. 16:12-15) . . . . .	657
60.	De la tristeza al gozo (Jn. 16:16-24) . . . . .	669
61.	Tres virtudes cristianas fundamentales (Jn. 16:25-33) . . . . .	677
62.	La verdadera oración del Señor (Jn. 17:1) . . . . .	689
63.	La oración de Jesús y el plan eterno de Dios (Jn. 17:1b-5) . . . . .	701



64. Jesús ora por sus discípulos — Primera parte: Como aquellos que el Padre le entregó (Jn. 17:6-10) . . . . .	713
65. Jesús ora por sus discípulos — Segunda parte: Como aquellos que está por dejar (Jn. 17:11-19) . . . . .	727
66. Jesús ora por todos los creyentes — Primera parte: Que estén unidos en la verdad en el presente (Jn. 17:20-23) . . . . .	741
67. Jesús ora por todos los creyentes — Segunda parte: Para que un día estén reunidos en la gloria (Jn. 17:24-26) . . . . .	749
68. Traición y arresto de Jesús (Jn. 18:1-11) . . . . .	757
69. Juicio de Jesús y negación de Pedro (Jn. 18:12-27) . . . . .	767
70. Jesús ante Pilato — Primera parte: Primera fase del juicio civil (Jn. 18:28-38) . . . . .	777
71. Jesús ante Pilato — Segunda parte: Segunda fase del juicio civil (Jn. 18:39—19:16) . . . . .	787
72. La crucifixión de Jesucristo (Jn. 19:17-30) . . . . .	797
73. El Salvador que conquistó la muerte (Jn. 19:31—20:10) . . . . .	809
74. El Cristo resucitado (Jn. 20:11-31) . . . . .	819
75. Epílogo — Primera parte: ¿Esfuerzo propio o poder espiritual? (Jn. 21:1-14) . . . . .	835
76. Epílogo — Segunda parte: Cómo ser un cristiano comprometido (Jn. 21:15-25) . . . . .	843
Bibliografía . . . . .	853
Índice de palabras griegas . . . . .	855
Índice de palabras latinas. . . . .	857
Índice temático . . . . .	859



---

# Prólogo

El mensaje del Evangelio de Juan es simple. El apóstol escribe con claridad directa y en palabras que hacen la verdad accesible para cada lector. Tal hecho es clave, pues este es el Evangelio de la salvación, escrito para los incrédulos. Juan lo dijo de este modo:

*Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre (Jn. 20:30-31).*

En este comentario he intentado dejar la verbosidad y solo decir lo que es directamente útil para la comprensión del texto. Hay poca digresión y no hay ningún intento de embellecer el contenido. Eso supone un distanciamiento de estilo con mis otros comentarios, pues en ellos suelo presentar abundancia de material ilustrativo, teológicamente relacionado. No quiere esto decir que no haya temas gloriosos por todo Juan, temas que puedan y deban desarrollarse en el proceso de exposición y de comparación entre diversas Escrituras. Pero esa tarea en su mayor parte la he dejado a otros en esta ocasión, para favorecer el flujo y la adherencia concisa a la intención declarada por el propio apóstol Juan. En ocasiones sentí que debía escribir más, a veces menos. Pero mi objetivo deliberado a lo largo de todo el libro ha sido servir al mensaje inspirado evitando interrupciones que minimizan, permitiendo que la Palabra hable sin añadir nada más que las explicaciones esenciales y sin derivar del texto a pasajes paralelos para mantener así la simplicidad y la claridad de la verdad organizada e inspirada por el Espíritu. Espero haberlo logrado.

En este relato profundo, pero sencillo sobre la venida del Hijo de Dios para redimir a los pecadores se encuentra el mensaje más necesario que alguien habrá de oír o entender. Con solo un poco de clarificación y trasfondo, éste proclama a la mente del pecador humilde y dispuesto la verdad que transforma eternamente.

JOHN MACARTHUR  
Febrero de 2008



---

## Introducción a Juan

Juan es único entre los Evangelios. Los tres primeros —Mateo, Marcos y Lucas— se conocen como los sinópticos (de la palabra griega cuyo significado es “ver en conjunto”) por causa de las semejanzas entre ellos. Aunque cada uno tiene sus propios énfasis y temas distintivos, los sinópticos tienen mucho en común. Siguen el mismo esquema general de la vida de Cristo y son similares en contenido, estructura y perspectiva.

Pero incluso una lectura superficial de Juan revela fuertes diferencias con los tres primeros. Los cuatro contienen una mezcla de historia narrativa y discursos de Jesús. Sin embargo, en comparación, el Evangelio de Juan contiene una proporción más alta de discursos que de narrativa. A diferencia de los sinópticos, Juan no contiene parábolas, discursos escatológicos, relatos sobre exorcismos o sanidades de leproso hechas por Jesús; no hay una lista de los doce apóstoles ni hay una institución formal de la Santa Cena. Tampoco registra Juan los acontecimientos del nacimiento, bautismo, transfiguración, tentación, agonía en Getsemaní ni la ascensión de Jesús.

Por otra parte, Juan incluye una gran cantidad de material que no se encuentra en los sinópticos (más del noventa por ciento del evangelio): el prólogo, en el cual se describe la preexistencia y la encarnación de Cristo (1:1-18), el ministerio temprano en Judea y Samaria (caps. 2—3), su primer milagro (2:1-11), su diálogo con Nicodemo (3:1-21), su encuentro con la mujer samaritana (4:5-42), la curación de un cojo y un ciego en Jerusalén (5:1-15; 9:1-41), su discurso del pan de vida (6:22-71), su afirmación de ser el agua viva (7:37-38), su apropiación del nombre de Dios (véase la explicación de 8:24 en el capítulo 29 de este volumen), su discurso cuando se presenta como el buen pastor y las consecuencias (10:1-39), la resurrección de Lázaro (11:1-46), el lavado de los pies de los discípulos (13:1-15), el discurso en el aposento alto (caps. 13—16), la oración sacerdotal de Jesús (cap. 17), la pesca milagrosa (21:1-6) y la restauración de Pedro y predicción de su martirio (21:15-19). Juan también contiene más enseñanzas sobre el Espíritu Santo que la encontrada en los sinópticos.

Hay que tener en cuenta dos cosas relativas a las diferencias entre Juan y los Evangelios sinópticos. Primera, las diferencias no son contradicciones; no hay nada en Juan que contradiga los sinópticos y viceversa. Segunda, no se deben exagerar

tales diferencias. Tanto Juan como los sinópticos presentan a Jesucristo como el Hijo del Hombre, el Mesías de Israel (Mr. 2:10; Jn. 1:51) y el Hijo de Dios: Dios en carne humana (Mr. 1:1; Jn. 1:34). Los cuatro Evangelios lo describen como el Salvador que vino a salvar “a su pueblo de sus pecados” (Mt. 1:21; cp. Jn. 3:16), murió en la cruz en sacrificio expiatorio y se levantó de los muertos.

El Espíritu Santo diseñó Juan y los sinópticos para complementarse entre sí. Representan “una tradición *entrelazada*, es decir... entre ellos se refuerzan o explican mutuamente” (D. A. Carson, Douglas J. Moo y Leon Morris, *Una introducción al Nuevo Testamento*, ed. Clie, Barcelona, 2005. Cursivas en el original en inglés, p. 161). Por ejemplo, en el juicio de Jesús (Mr. 14:58) y cuando Él estaba en la cruz (Mr. 15:29), sus enemigos lo acusaron de haber afirmado que destruiría el templo. Los sinópticos no registran la base para alegar tal falsedad pero Juan sí lo hace (2:19). Los sinópticos no explican por qué los judíos debían llevar a Jesús ante Pilato; Juan explica que los romanos les habían quitado el derecho a aplicar la pena capital (18:31). Los sinópticos ubican a Pedro en el patio del sumo sacerdote (Mt. 26:58; Mr. 14:54; Lc. 22:54-55), Juan explica cómo logró entrar (Jn. 18:15-16). El llamamiento de Pedro, Andrés, Jacobo y Juan (Mt. 4:18-22) se hace más inteligible a la luz de Juan 1:35-42, pues allí se revela que ellos ya habían departido con Jesús. Los sinópticos registran que inmediatamente después de haber alimentado a los cinco mil, Jesús despidió a la multitud (Mt. 14:22; Mr. 6:45); Juan revela por qué lo hizo: pretendían hacerlo rey (Jn. 6:15). El Evangelio de Juan evidencia que cuando el sanedrín se reunió el miércoles de la semana de la pasión para maquinarse el arresto de Jesús (Mr. 14:1-2), simplemente estaban implementando una decisión tomada con anterioridad, después de la resurrección de Lázaro (Jn. 11:47-53).

La información de fondo no solo hace más inteligibles los pasajes de los sinópticos; lo opuesto también es cierto. Como Juan escribió décadas después de los demás, suponía que sus lectores conocían los acontecimientos registrados en los otros Evangelios. Las narraciones de Mateo y Lucas sobre el nacimiento del Verbo eternamente preexistente (Jn. 1:1) revelan cómo obtuvo Él una familia humana (Jn. 2:12). En 1:40 Juan presenta a Andrés diciendo que es el hermano de Pedro, aunque no ha mencionado al segundo todavía. Cuando el evangelista explica que “Juan [el Bautista] no había sido aún encarcelado” (Jn. 3:24), supone previo conocimiento de sus lectores sobre la ocurrencia de dicho acontecimiento; sin embargo, el Evangelio de Juan no registra el encarcelamiento del Bautista, descrito en los sinópticos (Mt. 4:12; 14:3; Mr. 6:17; Lc. 3:20). Juan anotó: “Jesús mismo dio testimonio de que el profeta no tiene honra en su propia tierra” (Jn. 4:44); aun así, tal declaración no se encuentra en su propio Evangelio, aunque sí está registrada en los sinópticos (Mt. 13:57; Mr. 6:4; Lc. 4:24). Juan 6:67, 70-71 se refiere a los doce apóstoles pero, como ya se dijo, a diferencia de los sinópticos (Mt. 10:2-4; Mr. 3:14-19; Lc. 6:13-16), Juan no tiene una lista de ellos. Evidentemente, a

juzar por la forma en que presenta a Marta y María (11:1), Juan esperaba que sus lectores ya las conocieran, aunque no se hubiera referido a ellas con anterioridad; ellas aparecen en el Evangelio de Lucas (10:38-42). Bajo esa misma relación, Juan anotó que fue María quien ungió los pies del Señor (11:2). El autor no relataría esa historia hasta el capítulo 12, pero suponía que sus lectores la conocían por los sinópticos (Mt. 26:6-13; Mr. 14:3-9). La narración de Juan sobre la indecisión de Felipe para llevar a los griegos a Jesús hasta no consultarlo primero con Andrés (12:21-22) podría deberse a que los lectores conocían el mandamiento de Jesús sobre no ir por los caminos de los gentiles (Mt. 10:5).

### AUTORÍA DEL EVANGELIO DE JUAN

Al igual que los otros tres Evangelios, el de Juan no nombra a su autor. Pero, de acuerdo con el testimonio de la iglesia primitiva, fue el apóstol Juan quien lo escribió. Ireneo (ca. 130-200 d.C.) fue la primera persona en mencionar explícitamente a Juan como el autor. En su obra *Contra las herejías*, escrita en el último cuarto del segundo siglo, Ireneo testificó: “Por fin [después de que se escribieron los Evangelios sinópticos] Juan, el discípulo del Señor ‘que se había recostado sobre su pecho’ (Jn 21:20; 13:23), redactó el Evangelio cuando residía en [Éfeso] (Ireneo, *Contra las herejías*, Carlos I. González, S.J., Ed. [Conferencia del episcopado mexicano, <http://www.multimedios.org/docs/d001092/>], 3.1.1). Su testimonio es especialmente valioso porque Ireneo fue discípulo de Policarpo (Eusebio, *Historia eclesiástica*, 5.20), quien fue discípulo del apóstol Juan (Ireneo, *Contra las herejías*, 3.3.4). De modo que había una línea directa de Ireneo a Juan, con solo un eslabón intermedio. Teófilo de Antioquía, quien vivió por la misma época de Ireneo, escribió: “Los santos escritos y los portadores [inspirados] del espíritu nos enseñan; Juan, uno de ellos, nos dice: ‘En el principio era el Verbo y el Verbo estaba con Dios’” (*A Autólico*, 2.22). Después de Ireneo, los padres de la iglesia afirmaron de manera consecuente que el apóstol Juan era el autor de este Evangelio. Así lo citan el *Canon muratorio* (una lista de libros neotestamentarios del siglo II), Tertuliano, Clemente de Alejandría, Orígenes, Dionisio de Alejandría y Eusebio.

Aunque los primeros escritores no nombran al apóstol Juan como su autor, muestran conocimiento del cuarto Evangelio. Justino Mártir (ca. 100-165 d.C.), citó Juan 3:5 (*Primera apología*, 61). Que Taciano, estudiante de Justino, incluyera a Juan en el *Diatessarón* (la más temprana armonización conocida de los Evangelios) sirve de mayor evidencia para mostrar que su maestro sí lo conocía. Incluso fuentes externas a la Iglesia (p. ej., gnósticos como Heracleón, Ptolomeo, Basílides; el evangelio apócrifo de Tomás; Marción, quien rechazó todos los Evangelios excepto Lucas; y Celso el oponente pagano del cristianismo) reconocieron que el cuarto Evangelio fue escrito por Juan, aunque rechazaban o tergiversaban su verdad.

El título (*Según san Juan o Evangelio según san Juan*) no es parte del texto original inspirado, pero se añadió después en manuscritos posteriores. No obstante, nunca se ha encontrado ningún manuscrito que atribuya el Evangelio de Juan a un autor diferente a él. Daniel B. Wallace indica:

La secuencia continua sugiere reconocimiento (o al menos aceptación) de la autoría juanina desde tiempos tan tempranos como el primer cuarto del siglo II. De hecho, el Evangelio de Juan es único entre los evangelistas pues dos papiros antiguos (p<sup>66</sup> y p<sup>75</sup>, datados cerca del 200) atestiguan la autoría juanina. Como estos dos manuscritos no tenían relación cercana el uno con el otro, esta tradición común [de su autoría], debe precederlos en al menos tres o cuatro generaciones de copiado (“The Gospel of John: Introduction, Argument, Outline” [El Evangelio de Juan: Introducción, argumento, bosquejo] [Biblical Studies Press: www.bible.org, 1999]).

A diferencia de los Evangelios canónicos, los evangelios espurios, escritos por falsificadores, afirmaban haber sido escritos por alguna figura prominente de la Iglesia primitiva, pero no pudieron sobrevivir al escrutinio interno y externo. Por otra parte, los Evangelios verdaderos siempre han soportado cada examen legítimo en cuanto a la autoría, aunque los nombres de los autores no se incluyeran.

El pasaje existente más antiguo de un libro neotestamentario es un pequeñísimo fragmento (p<sup>52</sup>) que contiene unos pocos versículos de Juan 18 y cuya datación es cercana o anterior al 130 d.C. (Otro fragmento antiguo, conocido como el Papiro Egerton 2, también cita porciones del Evangelio de Juan. Los eruditos lo datan con fecha anterior a la mitad del siglo II). Los críticos del siglo XIX dataron confiadamente el Evangelio de Juan en la segunda mitad del siglo II. El descubrimiento del p<sup>52</sup> al comienzo del siglo XX sentenció la muerte de tal perspectiva. El fragmento se encontró en una región remota de Egipto. El tiempo para que el Evangelio de Juan haya circulado hasta tan lejos quiere decir que se escribió durante el primer siglo. Además de los fragmentos de manuscritos mencionados anteriormente, hay evidencia arqueológica en la cual se sugiere que al comienzo del siglo II ya se conocía el Evangelio de Juan (cp. Leon Morris, *El Evangelio según Juan* [Barcelona: Clie, 2005], pp. 28-29 del original en inglés).

Aparte del testimonio externo, la evidencia interna también apunta a que Juan es el autor. B. F. Westcott, comentarista y erudito textual del siglo XIX, resume dicha evidencia en una serie de círculos concéntricos que estrechan gradualmente el enfoque hasta llegar al apóstol Juan (*The Gospel According to St. John* [El Evangelio según San Juan] [Reimpresión; Grand Rapids: Eerdmans, 1978], pp. v-xxiv). Su razonamiento todavía sigue siendo válido hoy; “A Westcott no se le ha refutado, se le ha pasado por alto. Nadie parece haber tratado su



argumento masivo adecuadamente” (Morris, *Juan*, p. 9 del original en inglés). Tal argumento puede resumirse de manera sucinta como sigue:

1. *El autor era judío.* Conocía las opiniones contemporáneas judías sobre una amplia gama de asuntos: el Mesías (p. ej., 1:21, 25; 6:14-15; 7:26-27, 31, 40-42; 12:34); la importancia de la educación religiosa formal (7:15); la relación del sufrimiento con el pecado personal (9:2) y la actitud de los judíos hacia los samaritanos (4:9), las mujeres (4:27) y los judíos helénicos de la diáspora (7:35). Conocía las costumbres judías; por ejemplo, la necesidad de evitar la inmundicia ceremonial derivada del contacto con los gentiles (18:28), la necesidad de purificación antes de celebrar la pascua (11:55), las costumbres matrimoniales (2:1-10) y las funerales (11:17-44; 11:55). Conocía las grandes fiestas judías de la pascua (2:13; 6:4; 11:55), los tabernáculos (enramadas, 7:2) y la dedicación (*Hanukkah*; 10:22).

2. *El autor era judío palestino.* Tenía conocimiento detallado de los lugares, disponible solo para quien realmente haya vivido en Palestina. Distinguía la Betania de más allá del Jordán (1:28) de la Betania a las afueras de Jerusalén (11:1) y conocía la distancia precisa entre estas dos últimas ciudades (11:18). Conocía Jerusalén, describió al menos tres lugares que no se mencionan en los sinópticos (el estanque de Betesda [5:2], el estanque de Siloé [9:7; aunque Lucas menciona una torre cerca al estanque en Lucas 13:4] y el torrente de Cedrón [18:1]). También conocía detalladamente el templo (2:14, 20; 8:20; 10:23).

3. *El autor fue testigo ocular.* Dio detalles específicos, aunque no fueran esenciales para el relato. Muchos de esos detalles no podrían haber venido de los sinópticos, donde no aparecen registrados. Estos incluyen el nombre del padre de Judas Iscariote (6:71; 13:2, 26), cuánto tiempo estuvo Lázaro en la tumba (11:17, 39), cuánto tiempo estuvo Jesús en Sicar (4:40, 43), el tiempo preciso en el cual ocurrieron ciertos acontecimientos (1:39; 4:6, 52; 19:14; cp. 13:30) y cifras exactas (1:35; 2:6; 6:9, 19; 19:23; 21:8, 11). Él fue el único en decir que, en la alimentación de los cinco mil, los panes del niño estaban hechos de cebada (6:9); que cuando María ungió los pies de Jesús con perfume, la casa se llenó con su fragancia (12:3); que, durante la entrada triunfal, las ramas que el pueblo le tendió junto al camino eran de palma (12:13); que había soldados romanos en el grupo que acompañó a Judas en Getsemaní (18:3, 12), que la túnica de Jesús no tenía costuras (19:23) y que su sudario estaba separado de los lienzos (20:7).

4. *El autor era un apóstol.* Estaba íntimamente al tanto de lo que pensaban y sentían los doce (p. ej., 2:11, 17, 22; 4:27; 6:19; 12:16; 13:22, 28; 20:9; 21:12).

5. *El autor era el apóstol Juan.* Es notorio que el apóstol Juan, mencionado alrededor de veinte veces en los Evangelios sinópticos, no se menciona ni una vez en su Evangelio. “No es fácil pensar en una razón por la cual alguno de los primeros cristianos debería haber omitido toda mención a tan prominente apóstol” (Morris, *Juan*, p. 11 del original en inglés). Más aún, solo una persona prominente, cuya

autoridad no se cuestionara, habría podido escribir un Evangelio tan marcadamente diferente de los otros tres (véase la explicación más arriba) y haber tenido la aceptación universal de la Iglesia.

En lugar de nombrar a Juan como autor, el Evangelio afirma haber sido escrito por “el discípulo a quien amaba Jesús” (21:20). Un análisis de los textos que lo mencionan deja claro que el discípulo amado es el apóstol Juan. La primera pista para identificarlo es que él estaba presente en la última cena (13:23). Como solo los Doce estaban presentes en la cena (Mt. 26:20; Mr. 14:17-18; Lc. 22:14), el discípulo amado debía de haber sido un apóstol (lo cual quiere decir que no podría ser Juan Marcos, Lázaro o el joven rico [¿Quién ni siquiera era creyente! Mt. 19:22], como han propuesto algunos críticos). Aún más, Juan 21:2 cierra su identificación a Pedro, Tomás, Natanael, los hijos de Zebedeo o los otros dos discípulos sin nombre. Pedro, Tomás y Natanael no pueden ser el discípulo amado porque aparecen por su nombre en el texto (tampoco puede ser Pedro porque hablan entre los dos [13:24; 21:7]). Los dos discípulos de nombre desconocido también pueden descartarse; si alguno de ellos fuese el discípulo amado y, por lo tanto, el autor del cuarto Evangelio, ¿por qué no los menciona el apóstol Juan por su nombre? Más aún, su cercanía con Jesús (“estaba recostado al lado de Jesús” [13:23]) en la última cena revela que el discípulo amado pertenecía al círculo interno de los doce. De esos tres, como ya se dijo anteriormente, no podía ser Pedro. Tampoco pudo haber sido Jacobo porque él fue mártir muy al comienzo para poder haber escrito el Evangelio de Juan (Hch. 12:2). Por un proceso de eliminación, el discípulo amado y autor del cuarto Evangelio (21:24) solo puede ser el apóstol Juan. Tal identificación se fortalece con la asociación cercana planteada entre Pedro y él (13:23-24; 20:2; 21:7), que era la situación de Juan (Lc. 22:8; Hch. 3:1-11; 4:13, 19; 8:14, Gá. 2:9).

A pesar de la poderosa evidencia interna y externa, muchos críticos, siempre en necesidad de atacar desesperadamente la integridad de las Escrituras para desacreditar su verdad y autoridad en sus vidas pecaminosas, niegan que el apóstol Juan haya escrito el cuarto Evangelio. Los argumentos que esgrimen son reflejo de la incredulidad, falta de convencimiento y a menudo muy subjetivos. Algunos argumentan que Juan, como su hermano Jacobo, fue martirizado muy pronto para haber escrito el Evangelio. Pero tal perspectiva toma como base una mala interpretación de Marcos 10:39, donde tan solo se indica que los dos hermanos sufrirían, no necesariamente que los dos serían mártires.

Otros señalan a “Juan el Anciano”, mencionado por Papías (de acuerdo a la interpretación de Eusebio). Pero es poco probable que esa persona hubiese siquiera existido, mucho menos escrito algo (D. A. Carson, *The Gospel According to John* [El Evangelio según Juan], *The Pillar New Testament Commentary* [Comentario pilar del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 1991], pp. 69-70).

Otro argumento esgrimido sin base alguna por los críticos es que la cristología

del cuarto Evangelio es demasiado avanzada para que se haya escrito en la primera generación de cristianos. Pero la cristología de Juan fue revelación divina (algo a lo cual los críticos se oponen) y está en armonía con el resto del Nuevo Testamento (cp. Ro. 9:5; Fil. 2:6; Col. 2:9; Tit. 2:13; 2 P. 1:1).

Hay incluso otros escépticos, espiritualmente ciegos, para quienes un pescador sin educación (Hch. 4:13), no podría haber tenido la suficiente fluidez del griego para haber escrito el cuarto Evangelio. Pero Hechos 4:13 no quiere decir que Juan fuera iletrado, tan solo que no se había educado en las escuelas rabínicas (cp. Jn. 7:15). Galilea estaba cerca de una región con predominancia gentil llamada Decápolis, al sureste del lago de Galilea. También existe evidencia de que el griego se hablaba comúnmente por toda la Palestina en el siglo I (cp. Robert L. Thomas y Stanley N. Gundry, "The Languages Jesus Spoke" [Las lenguas que habló Jesús] en *A Harmony of the Gospels* [La armonía de los Evangelios] [Chicago: Moody, 1978], pp. 309-312). Además, Juan escribió este Evangelio después de vivir y ministrar muchos años en medio de personas que hablaban griego en Éfeso (véase más abajo). Por lo tanto, no es sensato hacer presuposiciones dogmáticas con respecto a su competencia con el griego.

Una mirada más cercana a Juan revela que él era el más joven de los dos hijos de Zebedeo (casi siempre se cita primero a Jacobo cuando los dos se mencionan juntos, lo cual sugiere que él era mayor), un pescador próspero del lago de Galilea que poseía una barca y contrataba sirvientes (Mr. 1:20). La madre de Juan era Salomé (compárese Mr. 15:40 con Mt. 27:56), quien contribuía financieramente al ministerio de Jesús (Mt. 27:55-56) y quien habría sido hermana de María, la madre de Jesús (Jn. 19:25). Si es así, Juan y Jesús fueron primos.

Juan aparece por primera vez en las Escrituras como discípulo de Juan el Bautista (Jn. 1:35-40; aunque es característico que no se nombre a sí mismo). El apóstol Juan dejó a Juan el Bautista y siguió a Jesús cuando el Bautista señaló al Señor como Mesías (1:37). Después de permanecer con él por un tiempo, Juan volvió al negocio de la pesca de su padre. Más adelante, se hizo discípulo permanente de Jesús (Mt. 4:18-22).

Junto con su hermano Jacobo y con Pedro, compañero de pesca, Juan era uno de los tres discípulos más íntimos de Jesús (cp. Mt. 17:1; Mr. 5:37; 13:3; 14:33). Después de la ascensión, Juan llegó a ser uno de los líderes de la iglesia de Jerusalén (Hch. 1:13; 3:1-11; 4:13-21; 8:14; Gá. 2:9). De acuerdo con la tradición, Juan pasó las últimas décadas de su vida en Éfeso, allí fue obispo de las iglesias en la región circundante (Clemente de Alejandría, *¿Quién es el hombre rico que se salvará?*, 42) y escribió sus tres cartas (ca. 90-95 d.C.). Juan vivió, según Ireneo (*Contra las herejías*, 3.3.4), hasta el tiempo del Emperador Trajano (98-117 d.C.), hacia el final de su vida lo desterraron a la isla de Patmos. Allí recibió y escribió las visiones del Apocalipsis (ca. 94-96 d.C.).

A pesar de su reputación como "el apóstol del amor", Juan tenía un temperamento

fuerte. Jesús llamó a Juan y Jacobo “los hijos del trueno” (Mr. 3:17) y los dos hermanos vivieron a la altura de dicho sobrenombre. Cuando en una villa samaritana rehusaron seguir a Jesús y sus discípulos, sobreestimando su papel apostólico, Jacobo y Juan le preguntaron impulsivamente al Señor: “¿Quieres que mandemos que descienda fuego del cielo... y los consuma?” (Lc. 9:54). La única parte de los Evangelios sinópticos donde Juan actúa y habla solo, revela la misma actitud; le dice a Jesús: “Maestro, hemos visto a uno que echaba fuera demonios en tu nombre; y se lo prohibimos, porque no sigue con nosotros” (Lc. 9:49).

Aunque con el tiempo Juan se hizo más suave con las personas (Hago un delineamiento de su carácter espiritual en mi libro *Doce hombres comunes y corrientes* [Nashville: Caribe Betania, 2004]), nunca perdió su pasión por la verdad. Dos viñetas de sus años en Éfeso así lo revelan: De acuerdo con Policarpo, “Juan, el discípulo del Señor, habiendo ido a los baños en [Éfeso], divisó en el interior a Cerinto. Entonces prefirió salir sin haberse bañado, diciendo: ‘Vayámonos, no se vayan a venir abajo los baños, porque está adentro Cerinto, el enemigo de la verdad’” (Ireneo, *Contra las herejías*, Carlos I. González, S.J., Ed. [Conferencia del episcopado mexicano, <http://www.multimedios.org/docs/d001092/>], 3.3.4). Clemente de Alejandría también relata cómo entró Juan muy audazmente al campamento de una banda de ladrones cuyo capitán había profesado alguna vez la fe en Cristo y lo guió al verdadero arrepentimiento (*¿Quién es el rico que se salvará?*, 42).

## LUGAR Y FECHA DE ESCRITURA

En el Evangelio no hay nada específico que indique cuándo se escribió. Las fechas dadas por los eruditos conservadores están en el tiempo que abarca desde la caída de Jerusalén hasta la última década del siglo I (como se anotó anteriormente, se descarta que la fecha esté en el segundo siglo por el descubrimiento de los fragmentos de papiro p<sup>52</sup> y del Papiro Egerton 2). Varias consideraciones favorecen una fecha al final de dicho período de tiempo (ca. 80-90 d.C.). El Evangelio de Juan se escribió mucho después de la muerte de Pedro (ca. 67-68 d.C.) por el rumor de que Juan viviría para ver la Segunda Venida (Jn. 21:22-23). El rumor habría sido más plausible cuando Juan ya fuera anciano. Juan no menciona la caída de Jerusalén ni la destrucción del templo (70 d.C.). Si su Evangelio se hubiera escrito al menos una década después de tal acontecimiento, ya no hubiera sido importado a sus lectores (de cualquier modo, la destrucción del templo habría sido menos importante para los gentiles y judíos de la diáspora que para los judíos palestinos). Finalmente, aunque no depende de los Evangelios sinópticos, Juan es consciente de ellos. La fecha más tardía da el tiempo para haberlos escrito y estar circulando entre los lectores de Juan. El testimonio de los padres de la iglesia confirma aún más que Juan fue

el último de los Evangelios en escribirse (véase Ireneo, *Contra las herejías*, 3.1.1; Eusebio, *Historia eclesiástica*, 3.24, 6.14).

De acuerdo con la tradición uniforme de la iglesia primitiva, Juan escribió su Evangelio mientras vivía en Éfeso.

## PROPÓSITO

Juan es el único de los Evangelios que contiene una declaración precisa sobre el propósito del autor: “Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre” (20:31). El objetivo de Juan era doble: apologético (“para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios”) y evangelístico (“y para que creyendo, tengáis vida en su nombre”). En aras de mantener su propósito evangelístico, Juan usó el verbo *creer* cerca de cien veces —más del doble que en los sinópticos— para enfatizar que quienes creen en Jesús para salvación recibirán la vida eterna (3:15-16, 36; 4:14; 5:24, 39-40; 6:27, 33, 35, 40, 47-48, 54, 63, 68; 10:10, 28; 12:50; 14:6; 17:2-3; 20:31).

El propósito apologético de Juan, inseparable de su propósito evangelístico, era convencer a sus lectores de la verdadera identidad de Jesús. Lo presenta como Dios encarnado (1:1, 14; 8:23, 58; 10:30; 20:28), el Mesías (1:41; 4:25-26) y el Salvador del mundo (4:42). Para tal fin, Juan enfatizó en repetidas ocasiones las señales milagrosas de Jesús (p. ej., 3:2; 6:2, 14; 7:31; 9:16; 11:47; 12:18; 20:30) y para ello incluyó ocho específicas: la conversión del agua en vino (2:1-11), la curación del hijo de un oficial real (4:46-54), la curación de un cojo en el estanque de Betesda (5:1-18), la alimentación de los cinco mil (6:1-15), caminar sobre el Mar de Galilea (6:16-21), la curación de un ciego de nacimiento (9:1-41), la resurrección de Lázaro (11:1-45) y la provisión de una pesca milagrosa (21:6-11). Aparte de estas, estaba la señal más convincente de todas: la resurrección del propio Jesús (20:1-29).

En resumen, Juan presenta a Jesús como el Verbo eterno, el Mesías y el Hijo de Dios, quien entrega el regalo de la salvación a la humanidad. Y las personas responden ya sea por aceptación o rechazo de esta salvación que solo viene por creer en Él.

## BOSQUEJO

- I. La encarnación del Hijo de Dios (1:1-18)
  - A. Su divinidad (1:1-2)
  - B. Su obra antes de la encarnación (1:3-5)
  - C. Su precursor (1:6-8)
  - D. Su rechazo (1:9-11)

- E. Su recepción (1:12-13)
- F. Su encarnación (1:14-18)
- II. La presentación del Hijo de Dios (1:19–4:54)
  - A. La presentación de Juan el Bautista (1:19-34)
    - 1. A los líderes religiosos (1:19-28)
    - 2. En el bautismo de Cristo (1:29-34)
  - B. La presentación a sus primeros discípulos (1:35-51)
    - 1. Andrés y Pedro (1:35-42)
    - 2. Felipe y Natanael (1:43-51)
  - C. Presentación en Galilea (2:1-12)
    - 1. Primera señal: el agua en vino (2:1-10)
    - 2. Los discípulos creen (2:11-12)
  - D. Presentación en Judea (2:13–3:36)
    - 1. Limpieza del templo (2:13-25)
    - 2. Enseñanza a Nicodemo (3:1-21)
    - 3. Predicación de Juan el Bautista (3:22-36)
  - E. Presentación en Samaria (4:1-42)
    - 1. Testimonio a la mujer samaritana (4:1-26)
    - 2. Testimonio a los discípulos (4:27-38)
    - 3. Testimonio a los samaritanos (4:39-42)
  - F. Presentación en Galilea (4:43-54)
    - 1. Recepción de los galileos (4:43-45)
    - 2. Segunda señal: curación del hijo de un noble (4:46-54)
- III. La oposición al Hijo de Dios (5:1–12:50)
  - A. Oposición en la fiesta de Jerusalén (5:1-47)
    - 1. Tercera señal: La sanidad de un paralítico (5:1-9)
    - 2. Rechazo de los judíos (5:10-47)
  - B. Oposición en Galilea (6:1-71)
    - 1. Cuarta señal: Alimentación de los cinco mil (6:1-14)
    - 2. Quinta señal: Jesús camina sobre el agua (6:15-21)
    - 3. Discurso del pan de vida (6:22-71)
  - C. Oposición en la fiesta de los tabernáculos (7:1–10:21)
  - D. Oposición en la fiesta de la dedicación (10:22-42)
  - E. Oposición en Betania (11:1–12:11)
    - 1. Séptima señal: Resurrección de Lázaro (11:1-44)
    - 2. El sanedrín planea matar a Cristo (11:45-57)
    - 3. María unge a Cristo (12:1-11)
  - F. Oposición en Jerusalén (12:12-50)
    - 1. La entrada triunfal (12:12-22)
    - 2. El discurso sobre la fe y el rechazo (12:23-50)
- IV. El Hijo de Dios prepara a los discípulos (13:1–17:26)

- A. En el aposento alto (13:1–14:31)
  - 1. El lavamiento de los pies (13:1-20)
  - 2. El anuncio de la traición (13:31–14:31)
- B. Camino al huerto (15:1–17:26)
  - 1. Instrucción a los discípulos (15:1–16:33)
  - 2. Intercesión al Padre (17:1-26)
- V. La ejecución del Hijo de Dios (18:1–19:37)
  - A. El rechazo de Cristo (18:1–19:16)
    - 1. Su arresto (18:1-11)
    - 2. Sus juicios (18:12–19:16)
  - B. La crucifixión de Cristo (19:17-37)
- VI. La resurrección del Hijo de Dios (19:38–21:23)
  - A. La sepultura de Cristo (19:38-42)
  - B. La resurrección de Cristo (20:1-10)
  - C. Las apariciones de Cristo (20:11–21:23)
    - 1. A María Magdalena (20:11-18)
    - 2. A los discípulos sin Tomás (20:19-25)
    - 3. A los discípulos con Tomás (20:26-29)
    - 4. Paréntesis: El propósito de Juan al escribir su Evangelio (20:30-31)
    - 5. A los discípulos (21:1-23)
- VII. Conclusión (21:24-25)





---

# La Palabra divina

# 1

**En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella. (1:1-5)**

La sección de apertura del Evangelio de Juan expresa la verdad más profunda del universo en los términos más claros. Aunque un niño podría entenderla fácilmente, las palabras de Juan inspiradas por el Espíritu comunican una verdad imposible de asir aun para la capacidad de las más grandes mentes: el Dios infinito y eterno se hizo hombre en la persona del Señor Jesucristo. La verdad incontrovertible y gloriosa de que en Jesús el Verbo divino “fue hecho carne” (1:14) es el tema del Evangelio de Juan.

La deidad del Señor Jesucristo es un principio esencial y no negociable de la fe cristiana. Varias líneas de la evidencia bíblica confluyen para probar de manera concluyente que Él es Dios.

Primero, las declaraciones directas de las Escrituras afirman que Jesús es Dios. Juan registra varias de esas declaraciones para mantener el énfasis en la deidad de Cristo. El versículo inicial de su Evangelio declara “el Verbo [Jesús] era Dios” (véase la explicación de este versículo más adelante en este capítulo). En el Evangelio de Juan, Jesús asumió en repetidas ocasiones el nombre divino “Yo soy” (cp. 4:26; 8:24, 28, 58; 13:19; 18:5-6, 6, 8). En 10:30 afirmó ser uno en naturaleza y esencia con el Padre (dada la reacción de los judíos incrédulos en el v. 33 [compárese con 5:18], ellos reconocieron que esta era una afirmación de deidad). Tampoco corrigió Jesús a Tomás cuando él le dijo “¡Señor mío, y Dios mío!” (20:28); de hecho, lo alabó por su fe (v. 29). La reacción de Jesús es inexplicable de no haber sido Dios.

Pablo escribió a los filipenses que Jesús existía “en forma de Dios” y era “igual a Dios” (Fil. 2:6). En Colosenses 2:9 declaró: “Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad”. Romanos 9:5 se refiere a Cristo como “Dios... bendito por los siglos”. Tito 2:13 y 2 Pedro 1:1 lo llaman “nuestro Dios y Salvador”. Dios Padre se dirige al Hijo como Dios en Hebreos 1:8: “Tu trono, oh Dios, por el

siglo del siglo; cetro de equidad es el cetro de tu reino". Juan se refiere a Jesucristo en su primera epístola como "el verdadero Dios" (1 Jn. 5:20).

Segundo, Jesucristo recibe títulos que se dan a Dios en otras partes de las Escrituras. Como ya se dijo anteriormente, Jesús tomó para sí el nombre divino "Yo soy". Juan 12:40 cita Isaías 6:10, un pasaje que hace referencia a Dios en la visión del profeta (cp. Is. 6:5). Aun así, en el versículo 41 Juan declaró: "Isaías dijo esto cuando vio su gloria [la de Cristo; compárese con los vv. 36, 37, 42], y habló acerca de él". Jeremías profetizó que el Mesías sería llamado "[EL SEÑOR], justicia nuestra" (Jer. 23:6).

Tanto a Dios como a Jesús se les llama Pastor (Sal. 23—Jn. 10:14), Juez (Gn. 18:25—2 Ti. 4:1, 8), Santo (Is. 10:20—Sal 16:10; Hch. 2:27; 3:14), el primero y el postrero (o último) (Is. 44:6; 48:12—Ap. 1:17; 22:13), Luz (Sal. 27:1—Jn. 8:12), Señor del día de reposo (Éx. 16:23, 29; Lv. 19:3—Mt. 12:8), Salvador (Is. 43:11—Hch. 4:12; Tit. 2:13), el traspasado (Zac. 12:10—Jn. 19:37), Dios fuerte (Is. 10:21—Is. 9:6), Señor de señores (Dt. 10:17—Ap. 17:14), el Alfa y la Omega (Ap. 1:8—Ap. 22:13), Señor de la gloria (Sal. 24:10—1 Co. 2:8) y Redentor (Is. 41:14; 48:17; 63:16—Ef. 1:7; He. 9:12).

Tercero, Jesucristo posee los atributos incomunicables de Dios, aquellos únicos a Él. Las Escrituras revelan que Cristo es eterno (Mi. 5:2; Is. 9:6), omnipresente (Mt. 18:20; 28:20), omnisciente (Mt. 11:27; Jn. 16:30; 21:17), omnipotente (Fil. 3:21), inmutable (He. 13:8), soberano (Mt. 28:18) y glorioso (Jn. 17:5; 1 Co. 2:8; cp. Is. 42:8; 48:11, donde Dios declara que no le dará a otro su gloria).

Cuarto, Jesucristo hace obras que solo Dios puede hacer. Él creó todas las cosas (Jn. 1:3; Col. 1:16), sostiene la creación (Col. 1:17; He. 1:3), resucita a los muertos (Jn. 5:21; 11:25-44), perdona el pecado (Mr. 2:10; cp. v. 7) y sus palabras permanecen para siempre (Mt. 24:35; cp. Is. 40:8).

Quinto, Jesucristo recibió adoración (Mt. 14:33; 28:9; Jn. 9:38; Fil. 2:10; He. 1:6), aun cuando enseñaba que solo Dios debe ser adorado (Mt. 4:10). Las Escrituras también nos dicen que los hombres santos (Hch. 10:25-26) y los santos ángeles (Ap. 22:8-9) rehúsan la adoración.

Finalmente, Jesucristo recibió oración, la cual solo se debe dirigir a Dios (Jn. 14:13-14; Hch. 7:59-60; 1 Jn. 5:13-15).

Los versículos 1-18, el prólogo a la presentación de Juan sobre la deidad de Cristo, son una sinopsis o descripción de todo el libro. En 20:31, Juan definió claramente su propósito al escribir su Evangelio: que sus lectores "crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que al creer en su nombre tengan vida" (NVI). Juan reveló a Jesucristo como "el Hijo de Dios", la eterna segunda persona de la Trinidad. Se hizo hombre, el "Cristo" (Mesías), y se ofreció como sacrificio por los pecados. Quienes ponen su fe en Él tendrán vida en su nombre, pero quienes lo rechazan recibirán juicio y sentencia de castigo eterno.

La deidad de Jesús, presentada en el prólogo, se expone a lo largo de todo el

libro con la cuidadosa selección juanina de afirmaciones y milagros que sellan el caso. Los versículos 1-3 del prólogo enseñan que Jesús es coigual y coeterno con el Padre; los versículos 4-5 se relacionan con la salvación que Él trajo, la cual anunció Juan el Bautista, su primer heraldo (vv. 6-8); los versículos 9-13 describen la reacción de la raza humana ante Él, ya sea rechazo (vv. 10-11) o aceptación (vv. 12-13); los versículos 14-18 resumen todo el prólogo.

El prólogo también presenta varios términos clave que aparecen a lo largo de todo el libro; tales incluyen luz (3:19-21; 8:12; 9:5; 12:35-36, 46), oscuridad (3:19; 8:12; 12:35, 46), vida (3:15-16, 36; 4:14, 36; 5:21, 24, 26, 39-40; 6:27, 33, 35, 40, 47-48, 51, 53-54, 63, 68; 8:12; 10:10, 28; 11:25; 12:25, 50; 14:6; 17:2, 3; 20:31), testimonio (o testificar, 2:25; 3:11; 5:31, 36, 39; 7:7; 8:14; 10:25; 12:17; 15:26-27; 18:37), gloria (2:11; 5:41, 44, 7:18; 8:50, 54; 11:4, 40; 12:41; 17:5, 22, 24) y mundo (3:16-17, 19; 4:42; 6:14, 33, 51; 7:7; 8:12, 23, 26; 9:5, 39; 10:36; 11:27; 12:19, 31, 46-47; 13:1; 14:17, 19, 22, 27, 30-31; 15:18-19; 16:8, 11, 20, 28, 33; 17:5-6, 9, 11, 13-16, 18, 21, 23-25; 18:36-37).

En estos primeros cinco versículos del prólogo del Evangelio de Juan hay tres evidencias de la deidad de Jesucristo, el Verbo encarnado: su preexistencia, su poder creador y su existencia propia.

## LA PREEXISTENCIA DEL VERBO

**En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. (1:1-2)**

*Archē* (**principio**) puede significar “fuente” u “origen” (cp. Col. 1:18; Ap. 3:14), o “regla”, “autoridad”, “gobernante” o “persona en autoridad” (cp. Lucas 12:11; 20:20; Ro. 8:38; 1 Co. 15:24; Ef. 1:21; 3:10; 6:12; Col. 1:16; 2:10, 15; Tit. 3:1). Las dos connotaciones son verdaderas para Cristo, quien es el creador del universo (v. 3; Col. 1:16; He. 1:2) y su gobernante (Col. 2:10; Ef. 1:20-22; Fil. 2:9-11). Pero *archē* hace aquí referencia al **principio** del universo descrito en Génesis 1:1.

Jesucristo ya **era**, ya existía cuando se crearon los cielos y la tierra; por tanto, Él no es un ser creado, existía desde toda la eternidad (puesto que el tiempo comenzó con la creación del universo físico, cualquier cosa sucedida antes de la creación es eterna). “Entonces el Logos [Verbo] no comenzó a ser; más bien, en el punto en el que todo lo demás comenzó a ser, Él ya *era*. En el principio, donde sea que usted lo ubique, el Verbo ya existía. En otras palabras, el Logos es anterior al tiempo, es eterno”. (Marcus Dods, “John” en W. Robertson Nicoll, ed., *The Expositor’s Bible Commentary* [Reimpresión; Peabody: Hendrickson, 2002], p. 1:683. Cursivas en el original). Dicha verdad aporta la prueba definitiva de la deidad de Cristo, pues solo Dios es eterno.

El tiempo imperfecto del verbo *eimi* (**era**), con el cual se describe la continuidad

de una acción en el pasado, refuerza aún más la preexistencia eterna del Verbo. Indica que Él estaba en continua existencia antes del principio. Pero es aún más significativo el uso de *eimi* en lugar de *ginomai* (“llegó a ser”). El segundo término se refiere a cosas que empiezan a existir (cp. 1:3, 10, 12, 14). Si Juan hubiese usado *ginomai*, habría implicado que el Verbo empezó a existir en el principio, junto con el resto de la creación. Pero *eimi* enfatiza que el Verbo siempre existió; nunca hubo un punto en el cual Él empezara a ser.

El concepto del **Verbo** (*logos*) está cargado de significado para judíos y griegos. Para los filósofos griegos el *logos* era el principio abstracto e impersonal de la razón y el orden en el universo. En algún sentido era una fuerza creadora, además de una fuente de sabiduría. La persona griega promedio podría no haber comprendido todos los matices de significado que los filósofos daban el término *logos*. Con todo, para el hombre común y corriente el término habría significado uno de los principios más importantes en el universo.

Entonces, para los griegos, Juan presentaba a Jesús como la personificación y encarnación del *logos*. Sin embargo, a diferencia del concepto griego, Jesús no era una fuente, fuerza, principio o emanación impersonal. En Él se hizo hombre el verdadero *logos* que era Dios, un concepto ajeno al pensamiento griego.

Pero *logos* no era solo un concepto del griego. La palabra del Señor también era un asunto importante en el Antiguo Testamento, un asunto que los judíos conocían muy bien. La palabra del Señor era la expresión del poder y la sabiduría divinos. Con su palabra, Dios inició el pacto abrahámico (Gn. 15:1), le dio a Israel los diez mandamientos (Éx. 24:3-4; Dt. 5:5; cp. Éx. 34:28; Dt. 9:10), estuvo presente en la construcción del templo de Salomón (1 R. 6:11-13), se reveló a Samuel (1 S. 3:21), pronunció el juicio sobre la casa de Elí (1 R. 2:27), aconsejó a Elías (1 R. 19:9ss.), dirigió a Israel a través de sus heraldos (cp. 1 S. 15:10ss.; 2 S. 7:4ss.; 24:11ss.; 1 R. 16:1-4; 17:2-4, 8ss.; 18:1; 21:17-19; 2 Cr. 11:2-4), fue el agente de la creación (Sal. 33:6) y le reveló las Escrituras a los profetas (Jer. 1:2; Ez. 1:3; Dn. 9:2; Os. 1:1; Jl. 1:1; Jon. 1:1; Mi. 1:1; Sof. 1:1; Hag. 1:1; Zac. 1:1; Mal. 1:1).

A los lectores judíos, Juan les presentó a Jesús como la encarnación del poder y la revelación divina. Él inició el nuevo pacto (Lc. 22:20; He. 9:15; 12:24), instruye a los creyentes (Jn. 10:27), los une en un templo espiritual (1 Co. 3:16-17; 2 Co. 6:16; Ef. 2:21), reveló la Divinidad al hombre (Jn. 1:18; 14:7-9), juzga a quienes lo rechazan (Jn. 3:18; 5:22), dirige a la iglesia por medio de quienes ha llamado para hacerlo (Ef. 4:11-12; 1 Ti. 5:17; Tit. 1:5; 1 P. 5:1-3), fue el agente de la creación (Jn. 1:3; Col. 1:16; He. 1:2) e inspiró a los autores humanos del Nuevo Testamento (Jn. 14:26) por medio del Espíritu Santo que envió (Jn. 15:26). Jesucristo, como Verbo encarnado, es la palabra final para la humanidad: “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo” (He. 1:1-2).

Luego Juan llevó su argumento un paso más allá. En su eterna preexistencia, **el Verbo era con Dios**. La traducción al español no conlleva toda la riqueza de la expresión griega (*pros ton theon*). Tal frase significa mucho más que la existencia del Verbo con Dios; describe a “dos seres personales, el uno frente al otro, enfrascados en un discurso inteligente” (W. Robert Cook, *The Theology of John* [La teología de Juan] [Chicago: Moody, 1979], p. 49). Jesús, desde toda la eternidad, como la segunda persona de la Trinidad, “estaba con el Padre [*pros ton patera*]” (1 Jn. 1:2) en comunión íntima y profunda. Tal vez *pros ton theon* se pueda explicar mejor como “cara a cara”. El Verbo es una persona, no un atributo de Dios o una emanación de Él. Y tiene la misma esencia del Padre.

Aun así, en un acto de condescendencia infinita, Jesús dejó la gloria del cielo y el privilegio de la comunión cara a cara con su padre (cp. Jn. 17:5). Con toda disposición “se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres... se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil. 2:7-8). Charles Wesley captó parte de esta verdad maravillosa en el conocido himno “Cómo en su sangre pudo haber”:

¿Cómo en su sangre pudo haber tanta ventura para mí,  
si yo sus penas agravé y de su muerte causa fui?  
¿Hay maravilla cual su amor? ¡Morir por mí con tal dolor!

Nada retiene al descender, excepto su amor y su deidad;  
Todo lo entrega: gloria, prez, corona, trono, majestad.  
Ver redimidos es su afán los tristes hijos de Adán.  
¿Hay maravilla cual su amor? ¡Morir por mí con tal dolor!

La descripción que Juan hace del Verbo alcanza su pináculo en la tercera cláusula de su versículo inicial. El Verbo no solo existía desde toda la eternidad y tenía comunión cara a cara con Dios Padre, también **el Verbo era Dios**. Esa declaración simple, con tan solo cuatro palabras en español y en griego (*theos en ho logos*), tal vez sea la declaración más clara y directa sobre la deidad del Señor Jesucristo que se encuentre en las Escrituras.

Pero a pesar de su claridad, los grupos heréticos han pervertido el significado de sus palabras para dar respaldo a sus falsas doctrinas sobre la naturaleza del Señor Jesucristo; esto casi desde el momento en que Juan las escribió. Algunos anotan que *theos* (**Dios**) es anártrico (no precedido por un artículo definido) y argumentan con ello que es un nombre indefinido, luego traducen mal la frase como “el Verbo era divino” (es decir, como si solo poseyera algunas cualidades de Dios) o, aún más aterrador, “el Verbo era *un* dios”.

Sin embargo, la ausencia del artículo antes de *theos* no lo hace indefinido. *Logos* (**Verbo**) tiene el artículo definido para mostrar que es el sujeto de la frase

(pues está en minúscula como *theos*). De modo que decir “Dios era el Verbo” no es válido porque “el Verbo”, no “Dios”, es el sujeto. Además, sería teológicamente incorrecto porque igualaría al Padre (“Dios”, con quien el Verbo estaba en la cláusula anterior) con el Verbo, negando así que son dos personas separadas. El atributo nominal (**Dios**) describe la naturaleza del Verbo, muestra que Él tiene la misma esencia del Padre (cp. H. E. Dana y Julius R. Mantey, *A Manual Grammar of the Greek New Testament* [Un manual de gramática del Nuevo Testamento griego] [Toronto: MacMillan, 1957], pp. 139-140; A. T. Robertson, *The Minister and His Greek New Testament* [El ministro y su Nuevo Testamento griego] [Reimpresión; Grand Rapids: Baker, 1978], pp. 67-68).

De acuerdo con las reglas de la gramática griega, un atributo nominal (**Dios** en esta cláusula) no se puede considerar indefinido cuando precede a un verbo (luego, no puede traducirse como “un dios” en lugar de **Dios**) tan solo porque no tiene el artículo. El término **Dios** es definido y se refiere al Dios verdadero, cosa obvia por varias razones. Primero, *theos* aparece sin el artículo definido otras cuatro veces en el mismo contexto (vv. 6, 12-13, 18; cp. 3:2, 21; 9:16; Mt. 5:9). Ni siquiera la versión bíblica distorsionada de los Testigos de Jehová traduce el *theos* anártrico como “un dios” en tales versículos. Segundo, si el significado de Juan fuera que el Verbo es divino, o un dios, hay formas en las que se podría haber escrito la frase para hacerlo claro sin lugar a dudas. Por ejemplo, si él tan solo hubiera querido decir que el Verbo es divino en algún sentido, podría haber usado el adjetivo *theios* (cp. 2 P. 1:4). Como Robert L. Raymond anota, debe recordarse que “ningún léxico griego normal dice que *theos* tenga ‘divino’ como uno de sus significados, tampoco se vuelve adjetivo el sustantivo cuando este ‘se despoja’ de su artículo” (*Jesus, Divine Messiah* [Jesús, el Mesías divino] [Phillipsburg: Presb. & Ref., 1990], p. 303). O si él hubiera querido decir que el Verbo era un dios, podría haber escrito *ho logos en theos*. Si Juan hubiese escrito *ho theos en ho logos*, los dos sustantivos (*theos* y *logos*) serían intercambiables, y Dios y el Verbo serían idénticos. Eso habría significado que el Padre es el Verbo, lo cual, como ya se dijo, negaría la Trinidad. Pero como se pregunta retóricamente Leon Morris: “¿De qué otra manera [distinta a *theos en ho logos*] podría uno decir en griego que ‘el Verbo era Dios?’” (*El Evangelio según Juan* [Barcelona: Clie, 2005], p. 77 n. 15 del original en inglés).

Juan, bajo la inspiración del Espíritu Santo, eligió la formulación correcta para transmitir con precisión la verdadera naturaleza del Verbo, de Jesucristo. “Al escribir *theos* sin el artículo, Juan no indica, por un lado, identidad de Persona con el Padre; ni, por el otro, alguna forma de naturaleza inferior a la de Dios mismo” (H. A. W. Meyer, *Critical and Exegetical Handbook to the Gospel of John* [Manual crítico y exegético al Evangelio de Juan] [Reimpresión; Winona Lake: Alpha, 1979], p. 48).

Juan volvió a declarar las verdades profundas del versículo 1 en el versículo 2,

subrayando así su significado. Enfatizó de nuevo la eternidad del Verbo; **Él ya era en el principio** cuando se creó todo lo demás, ya existía. Como en el versículo 1, el tiempo imperfecto del verbo *eimi* (**era**) describe la continua existencia del Verbo antes del **principio**. Y como lo indicó Juan en el versículo 1, tal existencia era en comunión íntima **con Dios Padre**.

La verdad de la deidad de Jesucristo y su completa igualdad con el Padre es un elemento no negociable en la fe cristiana. En 2 Juan 10 el apóstol advirtió: “Si alguien los visita y no lleva esta enseñanza [la enseñanza bíblica sobre Cristo; cp. vv. 7, 9], no lo reciban en casa ni le den la bienvenida” (NVI). Los creyentes no deben ayudar a los falsos maestros herejes de forma alguna; ni siquiera darles comida o alojamiento a quienes blasfemen contra Cristo, pues quien así lo hace “participa en sus malas obras” (v. 11). Tal comportamiento poco caritativo en apariencia tiene perfecta justificación con los falsos maestros que niegan la deidad de nuestro Señor y del evangelio, pues están bajo la maldición de Dios:

*No que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo. Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema. Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema (Gá. 1:7-9).*

Jesús y Pablo describieron a los falsos maestros como lobos disfrazados para enfatizar su peligro mortal (Mt. 7:15; Hch. 20:29). No se les debe dar la bienvenida en el rebaño; deben evitarse y mantenerse alejados.

La confusión sobre la deidad de Cristo es inexcusable porque la enseñanza bíblica al respecto es clara e inequívoca. Jesucristo es el Verbo eternamente preexistente, quien disfruta vida divina y completa comunión cara a cara con el Padre, y es Dios.

## EL PODER CREADOR DEL VERBO

**Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.** (1:3)

Una vez más, Juan expresó una verdad profunda en lenguaje claro. Jesucristo, el Verbo eterno, creó todo lo que **ha sido hecho**. Juan subrayó tal verdad al repetirlo negativamente: **sin él nada** (lit. “ni una sola cosa”) **de lo que ha sido hecho, fue hecho**.

Que Jesucristo creara todo (cp. Col. 1:16; He. 1:2) ofrece dos pruebas adicionales de su deidad. Primera, el Creador de todas las cosas debe ser increado, y solo el Dios eterno es increado. El texto griego enfatiza la distinción entre el



Verbo increado y su creación, pues aquí se usa un verbo diferente al usado en los versículos 1 y 2. Como se señaló en el punto previo, Juan usó una forma del verbo *eimi* (“ser”), que denota un estado de ser, para describir al *Logos* en los versículos 1 y 2; aquí, al referirse a la creación del universo, usó una forma del verbo *ginomai* (**fue hecho**). El hecho de que Jesús sea el Creador también verifica su deidad, pues Dios se retrata así en toda la Biblia (Gn. 1:1; Sal. 102:25; Is. 40:28; 42:5; 45:18; Mr. 13:19; Ro. 1:25; Ef. 3:9; Ap. 4:11).

Cuando Juan enfatiza el papel del Verbo en la creación del universo refuta la falsa enseñanza que luego se desarrolló como la peligrosa herejía del gnosticismo. Los gnósticos aceptaban el dualismo filosófico, común a la filosofía griega, según el cual el espíritu era bueno y la materia mala. Como la materia era mala, argumentaban ellos, Dios, quien es bueno, no habría podido crear el universo físico. En su lugar, una serie de seres espirituales emanaban de Él hasta que finalmente, una de esas emanaciones descendentes era mala y lo suficientemente necia para crear el universo físico. Pero Juan rechazó dicha perspectiva herética y afirmó fuertemente que Jesucristo era el agente del Padre en la creación de todas las cosas.

Sin embargo, el mundo presente es radicalmente diferente a la buena creación original de Dios (Gn. 1:31). Los resultados catastróficos de la caída no solo afectaron a la raza humana, también afectaron a toda la creación. Por tanto, como Pablo anotó en Romanos 8:19-21, Jesús redimirá un día todo el mundo material, no solo a los creyentes:

*Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios. Porque la creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza; porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios.*

Cuando se quite la maldición durante el reinado milenar de Cristo,

*El lobo vivirá con el cordero,  
el leopardo se echará con el cabrito,  
y juntos andarán el ternero y el cachorro de león,  
y un niño pequeño los guiará.  
La vaca pastará con la osa,  
sus crías se echarán juntas,  
y el león comerá paja como el buey.  
Jugará el niño de pecho  
junto a la cueva de la cobra,  
y el recién destetado meterá la mano  
en el nido de la víbora.  
No harán ningún daño ni estrago*



*en todo [el monte santo del SEÑOR],  
porque rebosará la tierra  
con el conocimiento del SEÑOR  
como rebosa el mar con las aguas (Is. 11:6-9, NVI).*

*El lobo y el cordero pacerán juntos;  
el león comerá paja como el buey,  
y la serpiente se alimentará de polvo.  
En todo mi monte santo  
no habrá quien haga daño ni destruya... dice el SEÑOR (Is. 65:25, NVI).*

### LA EXISTENCIA PROPIA DEL VERBO

**En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella. (1:4-5)**

Juan muestra una vez más en estos dos versículos la economía de palabras inspirada por el Espíritu para resumir la encarnación. Cristo, la personificación de **la vida** y **la luz** eterna y gloriosa del cielo, entró en el mundo **de los hombres**, oscurecido por el pecado, y el mundo reaccionó de varias maneras ante Él.

Como se indicó anteriormente en este capítulo, los temas de la **vida** y la **luz** son comunes al Evangelio de Juan. *Zōē* (**vida**) hace referencia a la vida espiritual, a diferencia de *bios*, que describe la vida física (cp. 1 Jn. 2:16). Aquí, como en 5:26, se refiere principalmente a que Cristo tiene vida en sí mismo. Los teólogos lo suelen llamar *aseidad*, o existencia propia y es evidencia clara de la deidad de Cristo, pues solo Dios existe por sí mismo.

Esta verdad sobre la existencia propia de Dios y Cristo —que tienen vida en sí mismos (aseidad)— es fundamental para nuestra fe. De todo lo creado puede decirse que “llega a ser”, pues todo lo creado es cambiante. Es esencial entender que el ser —o la vida— no cambiante, eterno y permanente es diferente de todo lo que llega a ser. El “ser” es eterno y la fuente de vida de lo que ha de “llegar a ser”. Esto es lo que diferencia las criaturas del Creador, nosotros de Dios.

Génesis 1:1 establece esta realidad fundamental con la declaración “En el principio creó Dios los cielos y la tierra”. Porque esta es la verdad más importante de la Biblia, es la más atacada. Los incrédulos saben que librarse de la creación es librarse del Creador. Y librarse de Dios hace al hombre libre para vivir de la forma que quiera, sin juicio.

Todo el universo cae en la categoría de “llegar a ser” porque hubo un momento en el cual no existía. Antes de su existencia, era Dios, el ser eterno existente por sí mismo —la fuente de vida—, quien es ser puro, vida pura y nunca llegó a ser cosa alguna. Toda la creación recibe su vida de afuera, de Él, pero Él deriva su

vida de sí mismo, no depende de nada para vivir. Hubo un tiempo en el que el universo no existía. Nunca hubo un momento en el cual Dios no existiera. Él es auto-existencia, vida: “Yo soy el que soy” (Éx. 3:14). Es desde la eternidad y hasta la eternidad. Hechos 17:28 dice correctamente: “En él vivimos, y nos movemos, y somos”. No podemos vivir, movernos o ser sin su vida. Pero Él siempre ha vivido, se ha movido y ha sido.

Esta es la descripción ontológica más pura de Dios; decir que Jesús es la **vida** es decir la verdad más pura sobre la naturaleza divina que Jesús posee. Y, como en el versículo 3, entonces Él es el Creador.

Aunque Jesús el Creador es la fuente de todo y de todos los vivos, la palabra **vida** del Evangelio de Juan siempre es una traducción de *zōē*, término que Juan usa para la vida espiritual o eterna. Esta la imparte Dios por su gracia soberana (6:37, 39, 44, 65; cp. Ef. 2:8) a todo aquel que crea en Jesucristo para salvación (1:12; 3:15-16, 36; 6:40, 47; 20:31; cp. Hch. 16:31; Ro. 10:9-10; 1 Jn. 5:1, 11-13). Y Cristo vino para eso al mundo (10:10; cp. 6:33): a impartir vida espiritual a los pecadores muertos en sus “delitos y pecados” (Ef. 2:1).

Aunque es apropiado hacer algunas distinciones entre la vida y la luz, la declaración **la vida era la luz** acaba con la falta de relación entre las dos. En realidad, Juan está escribiendo que la **vida** y la **luz** no se pueden separar. Son esencialmente iguales, con la idea de que la luz enfatiza la manifestación de la vida divina. **La vida era la luz** tiene la misma construcción de *el Verbo era Dios* (v. 1). Como Dios no está separado del Verbo, sino que son la misma cosa en esencia, así también la vida y la luz comparten las mismas propiedades esenciales.

La luz se combina con la vida en una metáfora cuyo propósito es clarificar y contrastar. La vida de Dios es verdadera y santa. La **luz** es esa verdad y santidad manifiesta contra la oscuridad de las mentiras y el pecado. La luz y la vida tienen el mismo enlace en Juan 8:12, donde Jesús afirma: “Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida”. La relación entre la luz y la vida también es clara en el Antiguo Testamento. El Salmo 36:9 dice: “Porque contigo está el manantial de vida; en tu luz veremos luz”.

“La luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios” (2 Co. 4:4) no es más que el brillo de la vida manifiesta y radiante de Dios en su Hijo. Pablo dice específicamente: “Dios... es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (v. 6). De modo que la luz es la vida de Dios manifestada en Cristo.

La luz tiene su propia importancia, además de su relación con la vida, como se ve en el contraste entre la luz y la oscuridad, un tema común en las Escrituras. En lo intelectual, la luz se refiere a la verdad (Sal. 119:105; Pr. 6:23; 2 Co. 4:4) y la oscuridad a la falsedad (Ro. 2:19); en lo moral, la luz se refiere a la santidad (Ro. 13:12; 2 Co. 6:14; Ef. 5:8; 1 Ts. 5:5) y la oscuridad al pecado (Pr. 4:19; Is. 5:20; Hch. 26:18). El reino de Satanás es “la potestad de las tinieblas” (Col. 1:13;

cp. Lc. 22:53; Ef. 6:12), pero Jesús es la fuente de la **vida** (11:25; 14:16; cp. Hch. 3:15; 1 Jn. 1:1) y la **luz** que **en las tinieblas resplandece**, en las tinieblas del mundo perdido (8:12; 9:5; 12:35-36, 46).

A pesar de los ataques desesperados y frenéticos de Satanás a la **luz, las tinieblas no prevalecieron contra ella**. *Katalambanō* (**prevalecieron**) puede traducirse mejor como “vencer”. Aun una vela pequeña puede expulsar la oscuridad en una habitación; la **luz** gloriosa y brillante de nuestro Señor Jesucristo destruirá completamente el reino de oscuridad de Satanás. Él vino al mundo, “las tinieblas van pasando, y la luz verdadera ya alumbra” (1 Jn. 2:8).

Entonces, según se desprende de este versículo, no es que las **tinieblas** no entendieran la verdad sobre Jesús; al contrario, las fuerzas de la oscuridad lo conocen muy bien. En Mateo 8:29 algunos demonios clamaron diciendo: “¿Qué tienes con nosotros, Jesús, Hijo de Dios? ¿Has venido acá para atormentarnos antes de tiempo?”. Jesús, en la casa de Pedro en Capernaúm, “echó fuera muchos demonios; y no dejaba hablar a los demonios, porque le conocían” (Mr. 1:34). Lucas 4:41 dice que “salían demonios de muchos, dando voces y diciendo: Tú eres el Hijo de Dios. Pero él los reprendía y no les dejaba hablar, porque sabían que él era el Cristo”. En Lucas 4:34 un demonio aterrorizado le suplicaba: “Déjanos; ¿qué tienes con nosotros, Jesús nazareno? ¿Has venido para destruirnos? Yo te conozco quién eres, el Santo de Dios”. No era solo que los demonios conocieran la verdad sobre Cristo, además la creían. Santiago escribió: “Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan” (Stg. 2:19).

Como Satanás y sus demonios entienden con claridad total el juicio que les espera, han intentado por todos los medios matar la **vida** y extinguir la **luz** a lo largo de toda la historia. Satanás intentó destruir a Israel en el Antiguo Testamento, la nación de la cual vendría el Mesías. También intentó destruir la línea real de la cual descendería el Mesías (2 R. 11:1-2). En el Nuevo Testamento, instigó el intento inútil de Herodes por matar al niño Jesús (Mt. 2:16). Al comienzo del ministerio terrenal de Jesús, Satanás intentó tentarlo, en vano, para alejarlo de la cruz (Mt. 4:1-11). Después volvió a intentar la tentación por medio de sus más cercanos seguidores (Mt. 16:21-23). Aun el triunfo aparente de Satanás en la cruz marcó en realidad su derrota final (Col. 2:15; He. 2:14; cp. 1 Jn. 3:8).

Del mismo modo, los incrédulos se pierden eternamente no por no haber conocido la verdad, sino por rechazarla (para mayor explicación de este punto véase la exposición de 1:9-11 en el siguiente capítulo):

*Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad; porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa.*

*Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido (Ro. 1:18-21).*

Si una persona rechaza la deidad de Cristo, no puede ser salva; Él mismo dijo en Juan 8:24: “Por eso os dije que moriréis en vuestros pecados; porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis”. Es apropiado, pues, que Juan comience su Evangelio, donde se enfatiza tan fuertemente la deidad de Cristo (cp. 8:58; 10:28-30; 20:28) con la afirmación poderosa de esa verdad esencial.